



Subsidios

Semana Santa



MIKE
NUZ.LA
IN

 [mikenuz.lain](https://www.instagram.com/mikenuz.lain)





Subsidio

Jueves Santo

**En torno a la «mesa»
se parte el pan y se entrega la vida...**

¡Toda ella es sinodal!



Los que acompañaban a Jesús habían comido juntos antes de conocerlo y estaban conscientes del significado y el efecto que produce una cena en común. También habían comido con Jesús antes de la Última Cena; pero fue en ésta en la que el Señor les profundizó el significado de comer juntos, cuando tomó el pan y dijo:

«Esto es mi cuerpo, que entrego por ustedes. ¡Hagan esto en memoria mía!. Después de cenar hizo lo mismo con la copa, diciendo: Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre. Cada vez que la beban, ¡háganlo en memoria mía!» (1 Cor 11, 24-25).

El jueves Santo sabe a testamento. Nos trae los gestos y las palabras de Jesús que llevan a lo esencial, a hacer memoria de lo vivido, pero, sobre todo, nos invita a vivir cada día compartiendo la mesa que nos hermana.

La mesa tiene sabor a encuentro, vínculos solidarios, diálogos circulares, palabra germinada entre miradas cómplices que acercan los corazones y curan las heridas.

¡Cuánto le dice al proceso sinodal «la mesa»!

Hagamos nuestra esta hermosa canción...



La Mesa

Juan Carlos Carabajal



CLIC AQUÍ

Quiero una mesa de cedro hermano
Hermano carpintero
A dónde coman mis hijos, hermano
El pan bendito y eterno
O puede ser de algarrobo, hermano
O de madera de sueños
Para que sueñen mis hijos, hermano
En largas noches de invierno.

**Yo quisiera que en mi mesa
Nadie se sienta extranjero
Que sea la mesa de todos
Territorio de silencio**

**Que sea mesa de domingo
Mesa vestida de fiesta
Donde canten mis amigos
Esperanzas y tristezas.**

Quiero una mesa bien fuerte, hermano
Hermano carpintero
Mesa de casa paterna, hermano
De esas que aguantan el tiempo
Mesa de quedarse solo, hermano
Y de llorar en silencio
De olvidar ingratitudes, hermano
Y soñar en el regreso.

Nos regalamos un momento de silencio...

Al alba de las palabras hermanas

Jesús crea un clima especial en la cena de despedida que comparte con los suyos la víspera de su ejecución. Sabe que es la última. Ya no volverá a sentarse a la mesa con ellos hasta la fiesta final junto al Padre. Quiere dejar bien grabado en su recuerdo lo que ha sido siempre su vida: pasión por Dios y entrega total.

Esa noche lo vive todo con tal intensidad que, al repartirles el pan y distribuirles el vino, les viene a decir estas palabras memorables: «Así soy yo. Les doy mi vida entera. Miren: este pan es mi cuerpo roto por ustedes; este vino es mi sangre derramada por todos. No me olviden nunca. Hagan esto en memoria mía. Recuérdeme así: totalmente entregado a ustedes. Esto alimentará sus vidas».

Para Jesús es el momento de la verdad. En esa cena se reafirma en su decisión de ir hasta el final en su fidelidad al proyecto de Dios. Seguirá siempre del lado de los débiles, morirá enfrentándose a quienes desean otra religión y otro Dios olvidado del sufrimiento de la gente. Dará su vida sin pensar en sí mismo. Confía en el Padre. Lo dejará todo en sus manos.



Celebrar la Eucaristía es hacer memoria de este Jesús, grabando dentro de nosotras/os cómo vivió Él hasta el final. Reafirmarnos en nuestra opción por vivir siguiendo sus pasos. Tomar en nuestras manos nuestra vida para intentar vivirla hasta las últimas consecuencias.

Celebrar la Eucaristía es, sobre todo, decir como él: «Esta vida mía no la quiero guardar exclusivamente para mí. No la quiero acaparar solo para mi propio interés. Quiero pasar por esta tierra reproduciendo en mí algo de lo que él vivió. Sin encerrarme en mi egoísmo; contribuyendo desde mi entorno y mi pequeñez a hacer un mundo más humano».

José Antonio Pagola

Una mesa abierta para todas, para todos... ¡Una mesa sinodal!

La actuación de Jesús es sorprendente y escandalosa. Jesús no selecciona a sus comensales. Se sienta a la mesa con publicanos, come con gente impura y marginada, excluida de la Alianza con Dios. Los acoge no como moralista, sino como amigo. Su mesa está abierta a todos [«todos, todos, todos»]¹ sin excluir a nadie. Su mensaje es claro: todos tienen un lugar en el corazón de Dios.

Después de veinte siglos de cristianismo, la «mesa del Señor» sigue abierta a todos, todos, todos... como siempre.

Traigamos a la «mesa de la vida» el rostro de tantos hermanos nuestros que sufren marginación, exclusión y olvido.

Los nombramos y oramos por sus vidas...

¹ Papa Francisco a los jóvenes: «En la Iglesia, ninguno sobra. Ninguno está de más. Hay espacio para todos. Así como somos. Todos. Y eso Jesús lo dice claramente. Cuando manda a los apóstoles a llamar para el banquete de ese señor que lo había preparado, dice: "Vayan y traigan a todos", jóvenes y viejos, sanos, enfermos, justos y pecadores. ¡Todos, todos, todos! En la Iglesia hay lugar para todos. "Padre, pero yo soy un desgraciado, soy una desgraciada, ¿hay lugar para mí?". ¡Hay lugar para todos! Todos juntos, cada uno, en su lengua repita conmigo: Todos, todos, todos» (Jornada Mundial de la Juventud, Lisboa 2023).

Al alba de nuestra

oración compartida

Una oración nueva con sabor a pan nuestro

Fuente: CIPE



Hermana mía, hermano mío que estás aquí a mi lado;
con quien comparto, seguro, la tierra que pisamos;
no es mucho, pero es lo esencial.

Respetado sea tu nombre en todas las lenguas del mundo.
Hagamos juntos una tierra que no explote a nadie;
que a nadie relegue a los márgenes.

Una tierra en la que todo aquello que es un regalo
(el agua, el alimento, el viento, el suelo...) esté en manos de todos.
Y de esta forma, el reino de Aquél al que llamamos Padre
vaya viniendo a la tierra, al mar, a cada rincón
donde un hermano se siente amado y dispuesto a amar.

Que nuestro pan, hermano, sea el de hoy,
y si hoy alguno de los dos no tiene pan,
llame a la puerta del otro;
tal vez nos quedemos con el estómago medio vacío,
pero nunca con el corazón reseco;
porque mi mesa es tu mesa,
y mi casa no es mi casa: es casa de todos.

Y perdóname si en algún momento todo esto se me olvida
y de repente creo que nuestro Padre no es tan nuestro y es más mío;
perdóname y ayúdame.

Recuérdame entonces que el dolor del mundo es también mío,
y que si voy diciendo que mi Padre es nuestro,
no puedo volver mis ojos ni parar mis manos.

Y no te preocupes: este pacto es mutuo;
si yo en algún momento me siento ofendido por ti,
te lo haré saber.

De esta forma podemos construir de nuevo;
que la forma de librar del mal a nuestra tierra es sintiendo sus males,
y a partir de la vida compartida con el hermano...
construir, caminar, amar.

Así sea, hermano. Así sea, hermana.

**Finalizamos implorándole a Jesús que nos «lave»
para poder tener parte con Él.**



Lávanos Señor

Eduardo Meana



CLIC AQUÍ

Lávame Tú, Jesús; si no me lavas
Si no te abajas a mis pies perdidos
Si no te inclinas, si no lo permito
No asumiré lo bajo que he caído
¡Lávame! Si no dejas que acaricies
Veas y toques mis lastimaduras
No reconoceré que me he extraviado
Ni las lesiones de mi marcha a oscuras
Al lavarnos, te estás haciendo cargo
De cada llaga de nuestros caminos
Porque quieres sentarnos a tu mesa
Mesa de puro Amor en pan y vino
Sólo si Tú nos lavas, correremos
La suerte de tener parte contigo
Lavar, con sangre propia, llaga ajena
Ofrecer, como Cena, el Sacrificio.

Lávanos Tú, Señor, Jesús el Servidor
Tus pies hemos bañado en nuestro llanto
Lloramos extrañados, Tú lo sabes
¡Pies, brújula de encuentro o desencuentros!
¡Timón rumbo a Puerto o al Desastre!
Del zigzag de mi libertad sufrida
De esa vacilación, te haces hermano
Mis tropiezos, los besas con tu beso
Los curas al contacto de tu tacto.
Eres Hombre-Camino y Hombre-meta
Dios Todo-Compasivo y Todo-Puro

Este gesto de Amor, que en ti es eterno
Aquí es lo Nuevo, que renueva al mundo
Nos sirves de rodillas para erguirnos
Y encaminarnos hacia el Reino nuevo
Donde el trono del Rey es una cruz
Donde la pequeñez es lo primero
Lávanos Tú, Señor, Jesús el Servidor.

Hemos sido ídolos con pies de barro
Dioses de pies de barro hemos seguido
Tu gesto limpia el rostro de lo humano
Humilde, demaquillas artificios
Lávanos, vuélvénos a la inocencia
Niños-nautas, seamos reconducidos
Por esta Agua natal de tu costado
Al vientre fértil del Amor divino

Fuimos disperso y errante rebaño
Que en esta Fuente de los peregrinos
Tu Presencia nos reúna y nos reoriente
Para ser "los que siguen el Camino"
Nos traes por el desierto hasta este oasis
Que al lavarnos, reenvía y vivifica
Agua entrañal de un Pueblo siempre en marcha
¡Éxodo nuevo hacia nueva Vida!
Lávanos Tú, Señor, Jesús el Servidor.

Tú, Grande que has querido ser pequeño
Mesías cuya gloria es el servicio
Tú, el Principal que abraza ser el último
¡Los pobres sí que te han reconocido!
Tú, Servidor, plásmenos "servidores"
Por "servir", seamos identificados
Sea nuestro estilo y nuestro testimonio
Sea ese nuestro signo y nuestro hábito
Que el gesto servicial del abajarnos
Sea matriz de todos nuestros gestos
Cúranos la ambición por dignidades
Danos la dignidad de ser fraternos
¡Aquí están tus discípulos y amigos!
¡Tú eres nuestro Señor, nuestro Maestro!
¡Lávanos Tú, Jesús, ésta es la Hora
De los gestos de amor hasta el extremo!
Lávanos Tú, Señor, Jesús el Servidor
Lávanos Tú, Señor, Jesús el Servidor
Lávanos Tú, Señor, Jesús el Servidor



Escuchamos con un corazón orante



Al alba del tejido de

nuestras palabras

Compartimos lo que nos deja
en el corazón,
la oración celebrada en
comunidad.

Confederación Latinoamericana y Caribeña de Religiosas y Religiosos

Secretariado CLAR
clar@clar.org
www.clar.org



Subsidio

Viernes Santo

Tu cuerpo herido nos sana

Por las hermanas y los hermanos heridos...
Por quienes ayer oramos,
y servimos,
y lavamos sus pies.

Al alba de las palabras hermanas

Va por ti, Jesús de Nazaret, Hermano Herido. Déjanos sumarnos hoy a esa confusa multitud de Jerusalén que te aclama con sus palmas de olivo o de laurel, con su voz rasgada o su silencio desnudo, con su ira contenida o su esperanza incierta. Ellas/os con todas sus heridas, y todos nosotros con las nuestras.

Tú eras entonces joven y fuerte, Jesús. Eras tierno y valeroso... ninguna herida te era ajena. Eras como aquel buen samaritano de tu parábola, que los sacerdotes y los levitas del templo a quienes habías ofendido con ella, y muchos escribas a quienes habías provocado, te la tenían guardada.

Tus ojos. Tus ojos lo habían observado todo muy de cerca: la desesperación de los campesinos despojados de sus tierras, la miseria de los pescadores del rico lago de Galilea, el desaliento de los jornaleros esperando en la plaza de las aldeas, la humillación de las mujeres, el llanto de los niños, la dictadura de los impuestos, el yugo de las deudas impagables, la desdicha de los leprosos a las afueras de todo, el dolor de los enfermos al borde de los caminos.



Y la prepotencia del prefecto romano, la sombría altivez del Sumo Sacerdote, la codicia de los terratenientes, los abusos de los soldados. Y la dureza implacable de los justos sin bondad. Y la sangre derramada de los animales y el dinero sustraído a los pobres que sostenían el templo. Así era aquel mundo en que viviste, tan semejante al nuestro, y tus ojos lo vieron todo, junto con la belleza de los campos, el vuelo de los pájaros y el brillo de los ojos.

Tu corazón sensible y fuerte, tu corazón palpitante. Donde había alegría, te alegrabas. Donde había pasión, padecías sin desmoronarte. Nunca te evadiste, nunca diste un rodeo para no encontrarte con el herido del camino. Tuviste compasión de la gente hambrienta, del ciego de Jericó, del leproso impuro. ¡Gracias, Jesús, en su nombre y en el nuestro!

Tus labios eran de profeta, y nunca callaron nada de lo que veía la luz de los ojos y nada de lo que dictaba la compasión del corazón. Tus palabras estaban hechas de luz y de fuego, como tus ojos, pero también de misericordia y consuelo, como tu buen corazón. Tus palabras provocaban, pero nunca condenaban. Consolaban al afligido y transformaban a todos.

"Luz que penetra las almas y fuente del mayor consuelo": eso es el Espíritu del Eterno; eso fuiste y, cuando somos de verdad, nosotros también somos eso. ¡Gracias, Jesús, por haberlo revelado en tu carne herida y dichosa!



Un día dijiste: "Nada es impuro en la creación de Dios, ni cuerpos ni alimentos ni gentes", y los guardianes de la pureza fruncieron el ceño. Otro día dijiste: "El sábado, es decir, toda la Ley de Dios, está hecha para la vida, no la vida para la Ley", y las alarmas se encendieron.

Sobre una verde colina de Galilea, en medio de campesinos arrendatarios, jornaleros y pescadores miserables, dijiste una vez: "Bienaventurados los pobres, porque pronto dejaron de serlo. Bienaventurados los que lloran, porque pronto harán fiesta. Bienaventurados los mansos y pacíficos, porque son hijas e hijos de Dios, y la mansedumbre y la paz son más fuertes que la violencia y la fuerza de las armas".



Cuando lo oyeron Pilato, el procurador romano, y Herodes Antipas, el rey judío vasallo, se inquietaron. Pero tú seguiste sin miedo.

Cuando ya crecía la primera luna de la primavera, acompañado de tus discípulas y discípulos subiste a Jerusalén a celebrar la Pascua, a convertir al Sanedrín o a provocarlo, a anunciar el "reino de Dios" o a adelantarlo [...].

Te bendecimos, Jesús. Eres nuestro Hermano Herido y te recordamos cada día con emoción y gratitud. Y humildemente, porque ¡cuán lejos estamos nosotros de ti! Pero, aunque sea de lejos, más de lejos incluso que Pedro, que te abandonó aquel terrible día, y mucho más de lejos que María de Magdala y otras mujeres que te siguieron hasta el Calvario, nosotros también queremos seguirte.

En esta Semana Santa que no es ni más ni menos santa que todas las demás [...] déjanos celebrar tu vida, contemplar tus heridas, por si tu memoria nos convierte a la bondad y a la esperanza.

Tú no viniste enviado por un dios cruento para expiar nuestras culpas con tu sangre. Tú viniste a anunciar el nuevo tiempo de la curación, de la restauración, para todas las criaturas heridas del mundo, entre ellas nosotras/os. Tú lo llamabas "reino de Dios". Pero los reyes de este mundo –y los poderes religiosos aliados con ellos– no te dejaron; te arrestaron, te juzgaron, te condenaron, te torturaron, te crucificaron.

Pero la contemplación de tu cuerpo herido nos cura, Jesús, nos sana, nos salva... No nos curan tus heridas, sino tu vida feliz y generosa, tan generosa y feliz que quisiste curar a todos los heridos, aunque fueran a herirte a muerte como te hirieron. No nos salva tu muerte, sino tu vida que se hundió y germinó en la Eterna Compasión, como un grano de trigo, como una semilla de árbol que se hunde en la tierra y allí brota de nuevo.

Jesús, Hermano Herido, ya crece la primera luna de primavera. Ya florece el laurel. Ya se hinchan las olivas como lunas minúsculas en la noche del olivo, para luego hacerse aceite en la mesa, unguento en la herida, bálsamo en la tumba, perfume en la Pascua.

José Arregi



Al alba de nuestra

oración compartida



Hermano herido

Hermano herido, a pesar de tu tortura
en tus ojos ardió el brillo de ese fuego que te quema.
Tus manos duras, a pesar de su impotencia,
expresaron la violencia del amor más puro.
Tú que has caído, con tu muerte has vencido
y a tu pueblo has redimido de sus cadenas...

¡Yo te canto, amigo, hermano,
compañero y camarada
Por tu vida entregada!

¡Yo te canto amigo, hermano,
compañero y camarada,
en este día!

Tu muerte ha sido el principio, no el final,
de la vida que camina hacia el futuro.
Y, aunque en tu pecho se quebraron mil estrellas
y la luna se ha fundido, se han grabado tus huellas.

El tiempo apura: eres Árbol florecido
y en el mundo has esparcido simiente nueva...

¡Yo te canto, amigo, hermano,
compañero y camarada
Por tu vida entregada!

¡Yo te canto amigo, hermano,
compañero y camarada,
en este día!

Comunidad cristiana Bup Leyre
Pamplona

La herida

Cristóbal Fones, SJ



CLIC AQUÍ

**Al final de la vida llegaremos
Con la herida convertida en cicatriz.**

El amor pasará varias facturas
El camino nos dejará mil huellas
Con la misma pared tropezaremos
Alguna decepción nos hará mella
Mas somos hijos de un Dios enamorado
Sedientos buscadores de respuestas
Somos pura ambición que tú sembraste
Para que así tu reino floreciera.

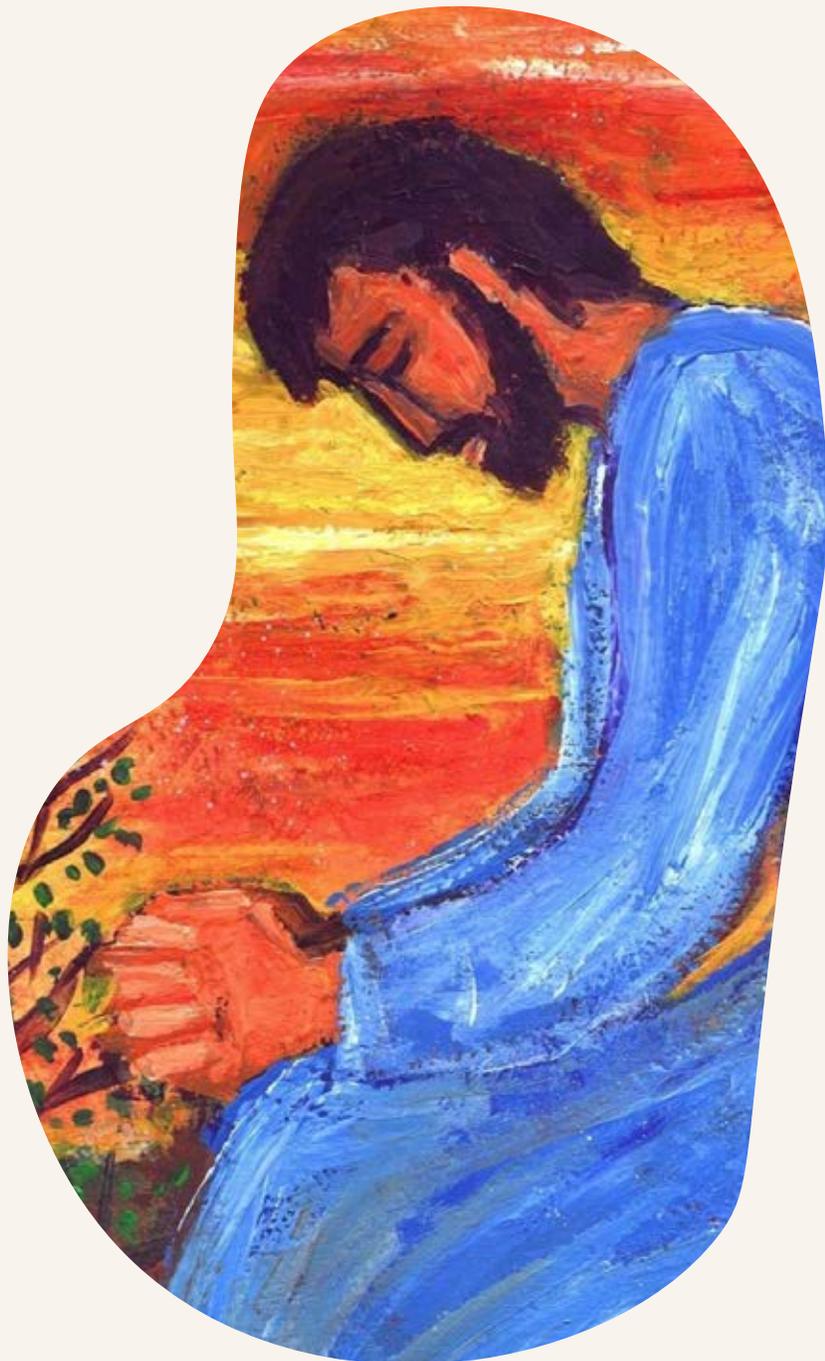
**Al final de la vida llegaremos
Con la herida convertida en cicatriz.**

Lucharemos a muerte con el ego
Sentiremos que el tiempo nos aprieta
Guardaremos derrotas en la entraña
Perderemos la música y la fiesta
Y, con todo, seguiremos bailando
Porque así somos, humanos en tu estela
Portadores de un fuego inextinguible
Creyentes en un mundo sin fronteras.

**Al final de la vida llegaremos
Con la herida convertida en cicatriz.**

Somos fragilidad entusiasmada
Soñadores que no se desesperan
Nunca renunciaremos al mañana
Aunque en el hoy nos toque la tormenta
Y si acaso se agrietan los motivos
Por los que un día elegimos tu bandera
Agrietados seguiremos caminando
Que tu Evangelio es ahora nuestra tierra.

**Al final de la vida llegaremos
Con la herida convertida en cicatriz.**



Escuchamos con un corazón orante



Al alba del tejido de

nuestras palabras

Compartimos lo que nos deja
en el corazón,
la oración celebrada en
comunidad.

Confederación Latinoamericana y Caribeña de Religiosas y Religiosos

Secretariado CLAR
clar@clar.org
www.clar.org



Subsidio

Sábado Santo

Con María... ¡Hágase!

Junto a la cruz de Jesús está María con otras mujeres.
 Su amor ha desafiado el miedo a la muerte de un crucificado.
 Ellas están allí, de pie, solas en la noche del misterio, velando su hora.
 Sus ojos están fijos en Jesús, icono de amor maltratado.
 Su oración se hace silencio y pregunta: ¿Por qué?
 Han recorrido el camino, siguieron sus pasos, son discípulas.
 Ahora están con Él, en la hora de la Pascua,
 en la noche del mayor silencio,
 en la noche del amor callado.

Jesús mira a su Madre y junto a ella al discípulo y les regala la última palabra creadora de la nueva fraternidad.



«Mujer, ahí tienes a tu hijo». «Ahí tienes a tu madre».

Jesús vuelve a ofrecer el reino y a alumbrar la nueva humanidad.

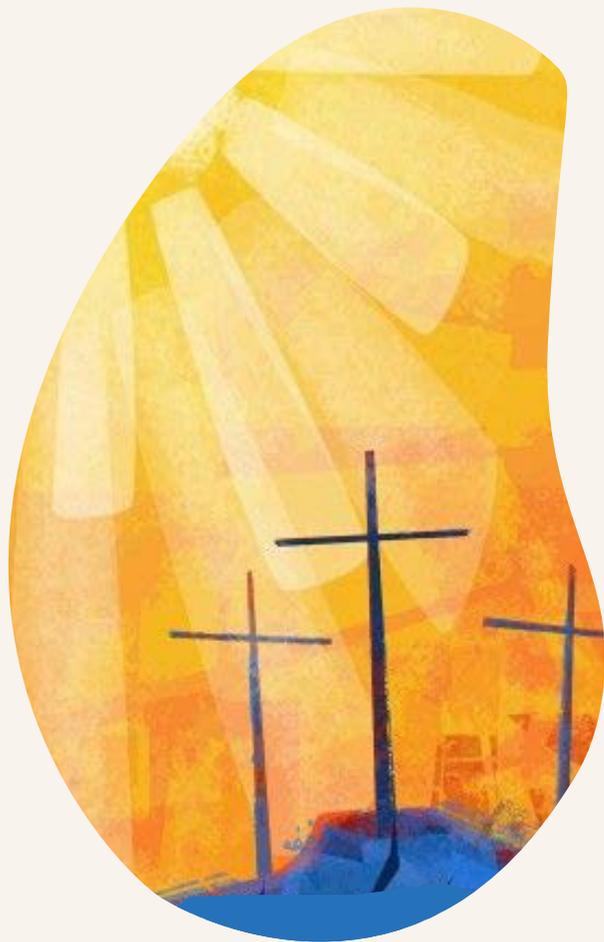
Al alba de las palabras hermanas

Después de la sepultura de Jesús, los que le habían seguido huyeron, se dispersaron ante su aparente fracaso. Su esperanza yacía en un sepulcro y la nuestra se mantiene en una mujer: María. Ella es la única referencia de la Iglesia en el momento en que su Camino está roto, su Verdad despreciada y su Vida sepultada. En estos momentos de oscuridad y de «silencio de Dios», el «resto de Israel», el grupito de creyentes que en cada generación pone su confianza en Dios, se concentra en la madre de Jesús. Como sucedió otras veces, «ella conservaba estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2,19.51). No comprende lo que ha sucedido, pero persevera en la oración silenciosa, poniendo los acontecimientos y su vida en las manos de Dios.

Después de Jesús, ella es la que más conoce al Padre, la que más de cerca ha visto su rostro. Por eso a ella nos dirigimos, en ella buscamos la compañía para esperar. Ella no ve, ni sabe, ni entiende, pero ella, como antes Abrahán, cree y espera «contra toda esperanza». Permanece en oración, renovando su entrega a Dios, aceptando su voluntad, aunque no la comprenda. Con razón es invocada por los creyentes como «madre de la esperanza».

Aquí podemos entender por qué la Iglesia hace memoria de María todos los sábados del año: porque ella es el referente orante, el punto de apoyo de los creyentes que no tienen las cosas claras, pero siguen confiando en el Señor, poniendo en él su esperanza. Jesús la ha hecho, desde la cruz, madre de sus discípulos amados (cfr. Jn 19, 25-27) y ella empieza inmediatamente a acompañarles en su camino de fe, precisamente cuando todo invita a la incredulidad...

Eduardo Sanz de Miguel, ocd



Decir tu nombre María

Pedro Casaldáliga



CLIC AQUÍ

Decir tu nombre, María,
es decir que la pobreza
compra los ojos de Dios.
Es decir que la promesa
sabe a leche de mujer.

Decir tu nombre, decir tu nombre...

Decir tu nombre, María
es decir que el Reino viene
y es pura provocación.
Es decir sólo quien ama
es el que conoce a Dios.

**Decir tu nombre, decir tu nombre...
María de Narazet.**

Decir tu nombre, María,
es decir que todo nombre
muestra la gracia de Dios.
Es decir que toda muerte
tiene su resurrección.

Decir tu nombre, decir tu nombre...

Decir tu nombre, María,
es decir que nuestra carne
viste el silencio de Dios.
Es decir que la promesa
sabe a leche de mujer.

**Decir tu nombre, decir tu nombre...
María de Narazet.**



Al alba de nuestra

oración compartida

María, mujer de Esperanza

**María, mujer de esperanza,
¡quédate con nosotros!**

**Enséñanos a esperar,
porque escasea el pan de la fraternidad,
nos falta el vino de la alegría,
nos han robado el silencio,
tenemos hambre de verdad,
sentimos sed de Dios,
estamos heridos de angustia,
tenemos rota la paz.**

**María, ven con nosotros,
ven a nuestra casa.
Contigo recreamos la esperanza,
soñamos el nuevo amanecer
de un mundo más humano.
Contigo seguimos alumbrando
el proyecto nuevo de Jesús.
Contigo seguimos tejiendo
una humanidad fraterna y solidaria**



**Virgen y Madre María.
Tú, que estuviste plantada ante la cruz
con una fe inquebrantable
y recibiste el alegre consuelo de la Resurrección
recogiste a los discípulos en la espera del Espíritu
para que naciera la Iglesia evangelizadora.
Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados
Para llevar a todos el Evangelio de la vida
que vence a la muerte.**

**Danos la santa audacia
de buscar nuevos caminos
Para que llegue a todos el don de la belleza
que no se apaga.**

**María del Evangelio viviente,
Manantial de alegría para los pequeños
Ruega por nosotros. Amén.**

Papa Francisco (EG 288)

Al alba del tejido de

nuestras palabras

Compartimos lo que nos deja
en el corazón,
la oración celebrada en
comunidad.

Confederación Latinoamericana y Caribeña de Religiosas y Religiosos

Secretariado CLAR
clar@clar.org
www.clar.org